

# Los medios justifican el fin



ADRIÁN LIBERMAN L.<sup>1</sup>

DOI: 10.36496/N138.A2

ORCID [HTTPS://ORCID.ORG/0009-0007-6149-4234](https://orcid.org/0009-0007-6149-4234)

RECIBIDO: FEBRERO 2024 | ACEPTADO: ABRIL 2024

## RESUMEN

A partir de interrogarse sobre las características intrínsecas de la transmisión del psicoanálisis en cada componente del trípole formativo, el autor se centra en el análisis del analista.

¿Puede este llevarse a cabo dentro de un dispositivo distinto a aquel que requiere la presencialidad de los miembros de la dupla analítica?

Usando desde el ejemplo pionero del análisis epistolar de Freud con Fliess hasta consideraciones provenientes de la pandemia de Covid-19 o las particularidades de la situación de Venezuela, el autor se decanta por afirmar que el análisis didáctico a distancia es posible o, a veces, necesario, sin que ello implique una rebaja o abandono de las vigas maestras del método psicoanalítico.

Finalmente aboga por una puesta en pie de igualdad del análisis a distancia con el presencial, en aras de la supervivencia del psicoanálisis y sus practicantes.

**DESCRIPTORES:** TRANSMISIÓN / FORMACIÓN PSICOANALÍTICA / PSICOANALISTA / MIGRACIÓN / SESIÓN / ENCUADRE PSICOANALÍTICO

1 Miembro titular en función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. [adrianliberman@gmail.com](mailto:adrianliberman@gmail.com)

## SUMMARY

From the starting point of asking himself about the core character of Psychoanalysis transmission of every aspects of the training tripod, the author focuses on the Analyst's personal analysis.

Could it be carried out within a setting other than the one which requires the in person presence of the analytic couple?

Using the example of Freud's analysis with Fliess by letter exchange, considerations from Covid-19 pandemic consequences and the Venezuela's particularities, the author proposes that the on line training analysis it is possible, or sometimes necessary; that not implies abandon, nor degrade of the core bases of psychoanalytical procedure.

Finally, he advocates for an equal status between in person and online analysis in order to guarantee psychoanalysis survival as well it practitioners.

**KEYWORDS:** TRANSMISSION / PSYCHOANALYTIC TRAINING /  
PSYCHOANALYST / MIGRATION / SESSION / ANALYTIC SETTING

**E**l paso de una persona del diván al sillón, el proceso de autorizarse a nombrarse *analista*, no siéndolo antes, es uno de los temas más complejos y debatidos, dentro y fuera de las instituciones psicoanalíticas. ¿En qué consiste este pasaje? ¿Qué resortes lo mueven? ¿De dónde obtiene sus «garantías»?

La formación de un psicoanalista no puede ser reducida a un proceso educativo, de adquisición de informaciones hecha de navegar por el asomarse a lo escrito por diferentes autores. Tampoco es solo la adquisición de una técnica destinada a incidir sobre las formaciones del inconsciente de otros, acompañado de personas con más «horas de vuelo» que el practicante.

Y tampoco puede reducirse al proceso de yacer en un diván, o sentado en una silla, hablando a tontas y a locas hasta que algo que no se sabía que podía ser dicho es dicho, y ello produce consecuencias en la subjetividad.

Se puede vivir un proceso analítico por razones diversas, y ello no siempre desemboca en que ese que lo vive se asuma como un practicante del inconsciente.

Cuando hablamos de formarse como psicoanalista aludimos al término *transmisión*, un nombre dado para un acontecimiento distinto o mayor que la suma de las partes constituidas por la información, la práctica tutorial o la vivencia del análisis en carne propia.

En la idea de transmisión está larvada la idea que hacerse psicoanalista pertenece al orden de la experiencia, de uno o una serie de acontecimientos que se traducen en una transformación de la persona tal como se concibe a sí misma. Ahora bien, toda transmisión del psicoanálisis es incompleta. Jamás alcanza su *fin*. Este puede ser caracterizado de muchas maneras: la instalación de la *función analítica* en el analizante (Bion, citado en Grinberg *et al.*, 1973), el predominio de la *posición depresiva* (Klein, c. p Hinshelwood, 1989) o el *atravesamiento del fantasma fundamental* (Lacan, 1966-1967/2023), entre otras. Pero jamás estará acabada, pues el analista está estructuralmente atravesado por la castración, padece de puntos ciegos y, al igual que el analizante, llegó en su análisis hasta donde pudo llegar. Por ello, se recomienda el autoanálisis constante, el reanálisis del analista, la supervisión y el estudio de la teoría. Toda transmisión es un ejercicio asintótico, de suma siempre inferior a 1, acotado por la subjetividad de sus participantes. Visto así, toda formación psicoanalítica, independientemente del modelo que adopte y de su pretensión de exhaustividad, tendrá siempre un horizonte que no terminará de alcanzar...

Si hacerse psicoanalista no es un discipulado, o la adscripción a un gremio profesional o haberse sentido protagonista de los efectos de la palabra y su poder en la modificación del sufrimiento, ¿qué implica llegar a decir «soy psicoanalista» y de qué manera se arriba a ello?

Vuelvo entonces a la idea de *transmisión*, que sirve como significante para interrogarnos acerca de cómo se da este paso. Alude a algo que pasa de alguien que detenta eso que se transmite a alguien que no lo posee. ¿Es un hálito divino insuflado desde un conjunto de cofrades ya iniciados a

unos neófitos? ¿O es una palabra *revelada* cuya escucha hará del incrédulo un creyente? ¿O lo transmitido tiene la forma de una confianza básica que adquiere el torpe aprendiz de la mano solícita de un maestro ya avezado?

Adelanto la idea de que la transmisión es una experiencia multívoca que por diversos bordes produce, en alguien que intuía la existencia del inconsciente, un fenómeno de convicción acerca de este y su cualidad estructurante de la subjetividad. Hacerse analista es pasar de la sospecha a la certeza de que el inconsciente es una hipótesis de causación necesaria para pensar y sentir, que nos destierra de la idea de ser amos de la propia casa. Y que hay un olvido necesario de una parte de la propia historia que, sin embargo, pugnará por hacerse presente de las maneras más variadas.

La transmisión del psicoanálisis en el proceso de formarse es permitirse exponerse a un arreglo de experiencias que autorizarán el aflojamiento de las consistencias imaginarias para alojar una nueva identidad, que permitirán que alguien se diga «soy psicoanalista». Pero también alude a los grados en los que el aspirante a analista logra colocarse a sí mismo en posición de analizar, no solo a otros, sino también su deseo. Alcanzar una posición de analista es estar dispuesto a percibir fuera de sí el decir de otros, a través del propio inconsciente, de lo que se es, tal como lo explica Nasio (1989/2010).

Pero, además, la transmisión del psicoanálisis es un proceso de vaivenes en los que el aspirante se acerca y se aleja en sus transferencias al oficio, sus autores y sus practicantes. El analista didacta es un interlocutor de estos vaivenes, se ofrece como acompañante y a veces intérprete de estos movimientos de deriva identitaria. ¿Es necesario que esta interlocución se dé en presencia física o es la función de interlocución la que es convocada? Y si es función, puede desencarnarse, llevándose al privilegio del decir, es decir, de la palabra y su potencia simbólica para el cambio.

Aryan, Briseño, Carlino, Estrada, Gaitán y Manguel (2013) sostienen que los efectos del psicoanálisis en tanto intercambio de palabras bajo el paraguas transferencial no tienen diferencias si se ejecuta en simultaneidad presencial o vehiculizada por la tecnología.

Lo que parece una obviedad, requiere decirse, es que para hacerse psicoanalista es necesario primero no serlo. Convertirse en un practicante del inconsciente requiere de un deseo, una falta que inicie las acciones específicas en aras de reducir la distancia entre lo que se tiene y lo que se quiere.

Dentro del trípode de la formación (aunque realmente es un cuatrípode, pues la institución psicoanalítica siempre tiene algún grado de presencia), los modos de transmisión de los seminarios y las supervisiones son los ámbitos que menos debate suscitan. Quizás por sus características intrínsecas que las acercan más a lo objetivable del acto pedagógico, mientras que el análisis del analista es un terreno más cenagoso. Al estar más cerca de una experiencia transformadora, y no una mera transmisión intelectual o técnica, la idea de transmisión y el cómo se produce es más difícil de precisar.

Acometo, ahora sí, el asunto de si el análisis del analista puede darse usando medios de comunicación remotos o si tiene una especificidad distintiva que requiere de la presencialidad para materializarse.

¿Acaso el deseo de ser analista es diferente a cualquier otro deseo expresado por un analizante cualquiera? ¿Porta una cualidad distinta que amerita ser atendido de manera solo presencial, con la concurrencia en tiempo y espacio de analista y analizante? ¿O, como cualquier otro, demanda su libre expresión para ser historizado en la trama subjetiva anclada en la sexualidad infantil?

La única diferencia para mí es que, al final, el analizante se inscribirá en una comunidad de practicantes del inconsciente, con sus peculiaridades, mientras que el analizante *ordinario* no lo hará. Es cierto también que, como todo recorrido de final incierto, habrá quienes no pasarán de ser meros ejecutantes de un procedimiento, otros que harán del resguardo de las tradiciones su goce sintomático y algunos se convertirán en verdaderos interpeladores del psicoanálisis.

Así, este pasaje del diván al sillón es tan *terapéutico* como cualquier otro, y no exige una particularidad técnica singular.

En este punto, me parece necesario asentar que el primer análisis *didáctico*, el autoanálisis de Freud, que lo llevó de ser un neurólogo a autorizarse como el primer psicoanalista, se hizo mediante cartas a Fliess. Es decir, por un medio distinto al presencial. Por supuesto, en ese momento estaba todo por inventarse, y el gesto freudiano fue el de la creatividad, la invención de condiciones que permitieran la interlocución que luego derivaría en el método tal como lo conocemos. Si Freud se hubiera quedado con lo acostumbrado, lo «validado» por el saber instituido, en lugar de lo

posible, hubiera terminado su vida como un neurólogo, y el psicoanálisis aún sería algo por inventar. El hacer del psicoanalista ha probado ser la insistencia fecunda por permitirse avanzar por los cauces insurgentes que lo establecido tiende a obturar.

Entonces, ¿qué requiere un análisis *didáctico* para ser legitimado usando medios de comunicación remotos?

En primer lugar, considerar que el análisis es un intercambio de decirs. Nada más, nada menos. Un vaivén de palabras. La transferencia, pivote de cualquier cura, se dirige a las palabras, en alguna medida independizadas del contacto directo con el emisor de ellas. Así como puede establecerse una transferencia con las obras de Dostoievsky y conmovirse con ellas, por ejemplo, sin conocerlo personalmente nunca, también se lo hace con los textos de Freud. ¿Por qué creer que en una cura a distancia no ocurre otro tanto? Son las palabras las que curan, en la medida que se experimenta su poder simbólico, es decir, de representación, de narración de algo que no está presente en lo concreto, pero sí en el discurso con el que se ordena el mundo interno de cada quien.

En mi experiencia clínica, un análisis es tal cuando se dan la asociación libre, la atención flotante, abstinencia y neutralidad para la escucha en transferencia de las formaciones del inconsciente y su modificación mediante intervenciones de valor interpretativo.

Lo anterior se logra si el analista es capaz de crear un dispositivo, un arreglo de condiciones suficientemente favorable para que lo anterior ocurra. Ese es el fin, poder implementar un método de transformación subjetiva en el marco de una ética del deseo y libertad de palabra. Los medios para ello aluden a aspectos de la realidad de la dupla analítica para promover estos aspectos.

El término *dispositivo* adquiere aquí la acepción de «ponerse a la disposición», no solo del mero arreglo de condiciones para que el proceso de la cura tenga lugar. No deja de ser llamativo el énfasis del psicoanálisis institucional en los aspectos formales, apegados a esta última acepción más que a enfatizar en la primera.

Si bien es cierto que el dispositivo analítico a distancia requiere de algunas maniobras por parte de la dupla analítica (Aryan *et al.*, 2013), cabe preguntarse en qué casos esto no es un lugar común de cualquier cura.

En la singularidad del caso por caso, generalmente algún movimiento es requerido dentro de los límites del encuadre en algún momento en el curso de la cura.

En el marco de una historia reciente, marcada por un acontecimiento éxtimo como la pandemia, muchos analistas continuaron su labor terapéutica y formativa acudiendo a la comunicación remota (Carlino, 2010). Si solo la presencialidad fuese garante de la legitimidad del método, debieran haber suspendido su labor, pero casi nadie lo hizo.

Si no fue así, o el medio justifica el fin o los férreos defensores de la presencialidad a rajatabla no dicen lo que hacen o no hacen lo que dicen. Pero muchos *puristas* de la presencialidad como condición para legitimar la experiencia analítica practican tratamientos a distancia en alguna proporción. ¿Se trata entonces de sostener una labor disociada, con base en suponer que el análisis terapéutico y el *didáctico* obedecen a naturalezas distintas y, por ende, ameritan dispositivos diferentes?

Los recursos de transmisión a distancia permiten, por otra parte, el acceso a tratamientos analíticos de personas que viven lejos de cualquier psicoanalista. Como también el ejercicio de los analistas que somos migrantes y que podemos así continuar con la colaboración en las tareas formativas de nuestras instituciones de origen.

Los medios de comunicación también permiten que los analistas migrantes –y hasta nómades– logren mantener un sentimiento de pertenencia institucional y la posibilidad de encontrar satisfacción en el ejercicio analítico.

Hoy en día, migra el analizante, y el analista también. En lo particular, provengo de un país cuya diáspora ya alcanza más del 25% de la población, y continúa en aumento. A eso se le suma el carácter precario de muchos trabajos y la modalidad remota, que ya predomina en muchas ocupaciones.

Volviendo a ubicarme en la transmisión de la identidad psicoanalítica en el análisis didáctico a distancia, sostengo que este no es solo posible, sino a veces necesario en ciertas circunstancias. Por ejemplo, en el caso de Venezuela, donde me formé, y en el marco de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas (SPC), a la que pertenezco, la formación está amenazada por la migración masiva de miembros, el envejecimiento de su membrecía

y la escasez de didactas residentes en el país. De persistir la exigencia inamovible de la presencialidad, no solo nos vemos limitados a formar grupos pequeños de aspirantes, sino que la tendencia a la endogamia y la constricción de las transferencias a unos pocos amenaza la supervivencia misma de la institución.

En un país no solo minado por una crisis económica brutal (el sueldo mínimo es de tres dólares mensuales; sí, leyó bien, ¡tres!) y de carencia de estado de derecho, la cantidad de analistas didactas fuera del país representa un capital humano e intelectual que se desaprovecha en aras de sostener un *statu quo* que obedece más a razones políticas –International Psychoanalytical Association (IPA)– que científicas.

Incluso se ha dado el caso de analistas en formación que han migrado y que se han visto impedidos de continuar su formación de manera remota (aunque lo solicitaron), junto con la imposibilidad de integrarse a sociedades locales (¡ay de los analistas y sus maneras de agruparse...!).

Si en la historia del psicoanálisis podemos ver que los dispositivos variaron para acometer tratamientos en niños, abordar la psicosis, trabajar en contextos hospitalarios y otros, cuesta entender que no podamos hacer otro tanto con nosotros mismos.

Y, asimismo, darle un lugar al trabajo remoto como manera de formar analistas es reconocer un cambio global que, de la mano de la tecnología, revoluciona nuestras maneras de hacer lazo con el otro.

El dispositivo presencial, exclusivamente, urbano y burgués, pudo sostenerse en la Viena del siglo XX y en Occidente, pero Latinoamérica de 2023 parece ser diferente.

Nuestros países, sacudidos por crisis políticas y económicas recurrentes, junto con los impactos de la globalización, la pandemia y las inequidades estructurales, entre otros, reclama revisar cómo nos formamos los analistas del presente y el futuro.

La insistencia en un modelo poco compadecido con lo que somos y lo que seremos parece más una negación maníaca que la continuación del espíritu innovador que marcó el gesto freudiano.

Como es evidente, me manifiesto a favor de optar por la formación de analistas de manera remota cuando nada distinto puede hacerse. De dejar dentro del seno de cada dupla analítica la autonomía y el juicio clínico-ético



para decidir cómo transmitir el psicoanálisis, haciendo lo posible, no siempre lo *acostumbrado*.

El psicoanálisis siempre topó con resistencias y descalificaciones desde otros campos. Hoy nos toca afrontar las que provienen desde nosotros mismos. Podemos reinventarnos o ser dinosaurios aplaudiendo el meteorito que nos extinguirá... ♦

## BIBLIOGRAFÍA

- Aryan, A., Briseño, A., Carlino, R., Estrada, T., Gaitán, A. y Manguel, L. (2013). Psicoanálisis a distancia: Un encuentro más allá del espacio y el tiempo. *Calibán*, 13(2), 60-75.
- Carlino, R. (2010). *Psicoanálisis a distancia*. Lumen.
- Grinberg, L., Sor, D. y Tabak, E. (1973). *Introducción a las ideas de Bion*. Nueva Visión, B.
- Hinshelwood, R. D. (1989). *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Amorrortu.
- Lacan, J. (2023). *El seminario de Jacques Lacan, libro 14: La lógica del fantasma*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1966-1967).
- Nasio, J. D. (2010). *Cómo trabaja un psicoanalista*. Paidós. (Trabajo original publicado en 1989).